

VIRGINIA RUIZ

Lo que crece  
en las grietas

# Índice

## LA FISURA

- Estuario, 15
- Balanza, 17
- Encrucijada, 19
- Desventura, 20
  - Blue*, 23
- Fermento, 24
  - Cráter, 25
  - Sangre, 27
- Muñecas, 29
- La Vía Láctea, 31
- Lo que de verdad importa, 32
  - Efímeras, 35

## LA GRIETA

- Expansión, 39
- Proyección, 40
- Amarillear, 42
  - Nada, 43
  - Partir, 44
- Aviones, 46

Esquiras, 48  
Cavidades, 49  
Contracción, 51  
Huecos, 53  
Entre lilas, 54

#### LAS PRIMERAS FLORES

División, 61  
Familia, 62  
Precipicio, 64  
Movimiento, 65  
Regla, 68  
Parto, 69  
Vergel, 70  
Ventanas, 71  
Vasos sanguíneos, 73  
Escombros, 74  
Invasiones, 76  
Raíces, 79  
Espesura, 80  
Geografías, 82

Gracias a, 85

«Quién sabe, quizá la raíz sea la flor  
de esa otra vida».

Mary Oliver,  
*La escritura indómita*

«La hermosura de la infancia  
sombría, la tristeza imperdonable entre  
muñecas, estatuas, cosas mudas».

Alejandra Pizarnik,  
*Nombres y figuras*

A mis padres y hermanos.  
A David, Lucía y Nicolás.

# La fisura

## Estuario

A LAS NIÑAS NOS mandan a dormir a la isla del fondo, como si fuera tan fácil llegar. Todas nosotras sabemos que es el lugar más peligroso de la casa, pero los adultos no están para creer en ello. Y no les importa que, cuando nos montamos en nuestras barcas, no queramos soltarnos de sus manos, que rememos pasillo adelante sin querer hacerlo, mientras ellos nos dicen que sigamos, que miremos al frente, no nos vayamos a caer al mar. Nunca sabemos si será esta la última vez que los veamos ni si lograremos regresar al día siguiente.

En el inicio de la travesía por el mar encontramos peces pequeños y les damos de comer. Nos sacudimos los restos de la merienda de los bolsillos y ellos vienen a nuestras manos y parece que las besan y a nosotras nos divierten sus cosquillas. Pero a medida que nos vamos alejando de los adultos y acercándonos a la habitación, los peces se van haciendo más grandes y ya no se acercan a nuestras manos, ni siquiera se las enseñamos, primero porque ya no nos quedan migas y, segundo, porque estos peces sí tienen dientes y nos los enseñan. Es aquí cuando la barca más se tambalea, tanto por el oleaje como por nosotras, que estamos temblando y queremos abrazarnos. Casi siempre creemos que nos vamos a caer y que los peces nos devorarán, que seremos sus migas.

Cuando al final logramos llegar a la habitación, el océano parece que termina a los pies de nuestra cama, pero no es del todo cierto. El océano no es como un vaso, que contiene el agua. El agua no tiene límites si los peces la empujan. Y a menudo los peces están tan

hambrientos que logran que el agua alcance nuestra cama. Por eso el sueño es intranquilo, podríamos ser el alimento de un tiburón.

Cuando se hace de día, todo vuelve a empezar. Las barcas, amarradas a los barros de la cama, nos recuerdan que hay que regresar. Y al abrir la puerta para salir al pasillo, otra vez el océano.

## Balanza

DESPUÉS DE MUCHOS DÍAS sin verla, cuando cumplió seis años, su padre, que vivía en otra casa, fue a buscarla y pasaron juntos la tarde en la feria. Le compró un algodón de azúcar, subió con ella en la noria, en el barco pirata y se montaron en los autos de choque todas las veces que ella quiso. Antes de marcharse, cada uno a una casa distinta, le puso delante de la mesa en la que un hombre con sombrero vendía pollitos de colores.

El padre le preguntó a la niña que cuál era su color favorito. Y, como ella le dijo que naranja, al momento tuvo un ave naranja entre sus manos. Un pollo al que podía abrazar con solo juntar las palmas. En el puesto de la feria le dieron una pequeña caja de cartón para que pudiera llevarlo hasta su casa.

—Mételo después en una jaula —le dijo el hombre del puesto mientras abría un agujero en la tapa para que el pollo pudiera respirar—. Estará mejor ahí.

Una vez montados en el coche, la niña miraba su pollo a través del agujero, le cabía un dedo, justo para acariciarle las alas. Antes de regresar a la casa de la madre, el padre paró en una trapería para comprar una jaula. Entre una pila de libros viejos y varios soldaditos de plomo la encontraron. Le quitaron un poco el polvo con la mano y la niña abrió la puerta de metal, que estaba algo oxidada y metió el pollo. De vuelta a casa, se puso la jaula sobre las rodillas. Cuando llegaron, el padre se despidió de ella en el portal, después se montó en su coche y se marchó. El tubo de escape dejó una

nube de humo. La niña subió a casa con el animal metido dentro de la jaula, en la otra mano conservaba la caja de cartón. Al entrar en casa corrió a enseñárselo a su madre.

—Qué horrible es este bicho —dijo ella casi en un susurro.

Nadie le explicó a la niña que su nueva mascota necesitaba alimento, tampoco le hablaron de lo importante que era mantener la jaula limpia. Pero aún así, se le ocurrió llenarle el bebedero de agua y compartir con él algunas de sus comidas.

La niña no quería, pero pronto empezó a ver al pollo de un modo diferente, poco a poco el naranja de sus plumas se fue apagando. El olor a pis que salía de la jaula le daba arcadas.

Un día quiso probar algo, un experimento. Sacó al pollo de la jaula y lo metió en la caja en la que se lo había entregado el hombre de la feria. Quería comprobar hasta cuándo sería capaz su pájaro de aguantar sin salir de la caja. Observaba, a través del agujero que el hombre de la feria había abierto en la tapa, cómo se movía el pollo. Le hacía gracia ver cómo intentaba mover sus alas, como queriendo desplegarlas. Y le divertía ver que no lo lograba. Después, decidió cerrar con celo el pequeño agujero.

—Para que respire —le había dicho, mientras hacía con una llave la hendidura.

Se quedó un buen rato escuchando cómo el pollo se daba contra las paredes de su caja. Sus patitas rascando las paredes. Se lo imaginó intentando alzar el vuelo. Hasta que paró.

Tenía razón su madre, era horrible ese animal.

## Desventura

ESTÚPIDA NIÑA MATA INSECTOS. Estúpida niña que tira piedras al río, siempre persiguiendo bichos, acariciando gatos y perros, siempre descalza tras ellos. Mamá dice que son bonitas sus manos, pero le huelen a leche, siempre poniendo leche en los cuencos para que vengan los gatos. Trepa por el olivo y se rompe el pantalón que mamá le acaba de comprar. Mamá se ríe porque dice que no puede parar quieta y que seguro que subía porque ha visto un pájaro, una araña o una mariquita. Estúpida niña, siempre detrás de los bichos. El otro día una araña se le subió por el brazo y ella como si nada, se reía. A veces se le sube una hormiga por los pies y no le pica. Se pone delante de las vacas, se pone delante de las ovejas; si viene un perro, se baja de la bici y le acerca la mano al hocico. Y el perro mueve la cola y se tumba en el suelo y le enseña la tripa y ella se sube encima de él y lo acaricia. Llega a casa con las piernas llenas de barro y de heridas y de olor a perro y lleva un saltamontes en el bote y dice que lo va a disecar. Dice que da pena que deje de saltar, pero llena el algodón de alcohol y mete el saltamontes. Y se pregunta que cómo olerá ahí dentro y que cómo será morir dentro de un bote con una niña que te mira. Y yo me pregunto que qué pasará cuando se encuentre al gato muerto. Y ahora no habla porque ha encontrado al gato que acababa de nacer y está muerto. Lo sabe porque está rígido, como el saltamontes del bote. Y frío, muy frío. Lo abraza y se pone a llorar y luego yo y le acuso y digo que ha sido ella, que lo ha matado, que lo ha vuelto a hacer, que se pasa el día matando a los